

que todo el que por su ejercicio porta armas es un Cid, capaz de acometer los doce trabajos de Hércules.

—¿Qué hay de un hombre asesinado?—preguntó el alcalde.

—Yo no denuncio—contestó Fray Anjelo, cuyo limpio corazón se avergonzaba de una denuncia—yo digo que creo que en esa casa que está hácia la mitad del llano quieren asesinar á un hombre, y que es necesario ir en su auxilio.

—¿El hecho le consta á su merced?

—Sí, señor alcalde.

—Pues vamos.

—Mi profesion y mi ministerio me lo prohiben.

—No digo que vayais á aprehender á nadie, sino nada mas á indicarnos la casa.

—Vamos pues, y Dios me lo perdone, porque mi intencion es buena; quizá no pueda yo dar otra vez con la casa.

—Yo sé el camino bien—dijo el paisano—soy del barrio.

Y todos siguiéndole echaron á caminar. Fray Anjelo candorosamente contaba al alcalde todo lo que le habia ocurrido, y á cada cosa que él contaba el alcalde apresuraba mas el paso.

Llegaron cerca de la casa y aun se escuchaban gritos de D. Guillen.

—Todavía no le matan—dijo Fray Anjelo—podemos salvarle.

—Por dónde entramos?—preguntó el alcalde.

—Si vuesa merced quiere—dijo Fray Anjelo—le mostraré por donde salí yo.

—Sí, me parece bien.

IX.

Cómo se libertó el Señorito de la muerte, y otras cosas que verá el que leyere este capítulo.

FRAY Anjelo quedó en espera de la ronda, temeroso de que el paisano no la alcanzase, con los ojos fijos en los farolillos que se distinguían á lo léjos y al mismo tiempo procurando recojer el menor rumor del viento por el lado de la casa de donde habia escapado.

Por fin, le pareció distinguir que la ronda se ponía en marcha y se acercaba: á cada momento aumentaba el tamaño de los faroles hasta que llegaron á donde Fray Anjelo estaba.

Como de costumbre, un alcalde vestido de negro, que llevaba ceremoniosamente la vara de su oficio, un escribano y varios alguaciles, componian aquella belicosa reunion que venia como un poderoso refuerzo en auxilio de Fray Anjelo.

El pobre fraile creyó que con aquellos hombres la justicia era invencible, porque los hombres de paz se figuran

Fray Anjelo buscó en el muro hasta encontrar el agujero por donde él habia escapado y le mostró al alcalde.

—Por allí hemos de entrar—dijo éste; y dando el ejemplo se deslizó por allí como un raton, y todos incluso Fray Anjelo le siguieron.

Con la luz de los faroles reconocieron la puerta que no estaba cerrada mas que con una cuerda, suficiente obstáculo para Fray Anjelo, pero no para un alguacil y menos para una ronda.

Cortóse la cuerda, y el alcalde seguido de los suyos, trepó la escalera y se apareció como un espectro en el momento en que iban á ejecutar al Señorito.

Al ver á los alguaciles, el Camaleon dió un grito y se apartó violentamente de D. Guillen; el Pinacate dejó caer la espada que traia en la mano y se refugió al lado de su compañero.

Entonces los alguaciles llegaron á donde estaba el Señorito, unos se detuvieron para desatarle y los otros siguieron avanzando hácia los dos bandidos.

El Camaleon y el Pinacate habian desnudado los puñales, y con los ojos chispeantes contemplaban á los alguaciles, como unas fieras rodeadas por los cazadores, que no se atreven á acometer, pero que están decididos á rechazar el ataque.

—Déense á prision—dijo el alcalde.

Los dos bandidos no contestaron ni dieron muestras de obedecer; permanecieron como si nada hubieran escuchado.

—Prendedles en nombre del rey—dijo el alcalde á los que le acompañaban.

Dos alguaciles, con ese valor que podia llamarse *de oficio*, se arrojaron sobre el Camaleon y su compañero.

Pero aquella acometida les fué funesta: uno de los alguaciles rodó por tierra herido de una puñalada, y el otro retrocedió espantado.

—¡Favor á la justicia!—gritó el alcalde—favor á la justicia!

Los demas alguaciles comprendieron lo que pasaba; desenvainó el alcalde su tizona, y los de la ronda pusieron en ristre sus chuzos, y comenzó el combate.

Los vecinos, que por curiosidad se habian agregado á la ronda para ver el fin de la escena y que habian llegado hasta allí con ella, no se mantuvieron de frios espectadores, sino que quisieron tambien auxiliar á la justicia, y por no ser menos que los alguaciles, hicieron llover sobre los asaltados cuantas piedras y trozos de madera habia en la estancia.

Esta clase de hostilidad surtió mejor efecto que la arremetida de los alguaciles, y cuando aun ningun chuzo habia tocado á los bandidos, el Camaleon habia caido privado de sentido, al recibir el choque de una vigueta lanzada por el robusto brazo de un paisano, la que le abrió el cráneo.

Despues de esto, el triunfo fué completo; preso y atado el moribundo Camaleon, el Pinacate dejó de resistirse, y varios chuzos le clavaron en su cuerpo.

La victoria quedó por el alcalde, que salió de aquella casa cuando ya alumbraba la luz de la mañana, conduciendo entre filas cuatro camillas hechas provisionalmente allí.

En la primera iba el alguacil herido, en la segunda el Señorito, que apenas podia moverse por las horribles quemaduras que tenia en su cuerpo, y en las otras dos el Camaleon, que espiró al salir de su casa, y el Pinacate

fuertemente apaleado y con cuatro ó cinco heridas de chuzo.

Fray Anjelo, por "el qué dirán," se apartó de aquella triste comitiva; pero fué siguiéndola, sin embargo, á lo lejos, hasta que la miró llegar á la cárcel de la audiencia.

Entonces se acercó al alcalde, y dándole las gracias por el servicio, se despidió de él cortesmente.

—Y á dónde se encontrará á vuesa merced, señor, en caso de necesitársele?—preguntó el alcalde.

—Todos los dias en el calabozo del marqués de San Vicente.

—Del *Tapado*?

—Sí, señor alcalde.

—El nombre de vuesa merced?

—Fray Anjelo!

—¡Ah! es vuesa merced el que vino de España, como confesor de D. Fernando de Valenzuela?

—El mismo.

—Es decir: desterrado por su Majestad, llegó aquí vuesa merced?

—Sí señor.

—¿Y por qué desterraron á vuesa merced?

—Con mucho gusto se lo referiria yo al señor alcalde, pero en otro dia porque hoy el cansancio y las emociones que he sufrido anoche, casi casi, me han enfermado.

—Tiene razon vuesa merced; retírese, al fin que no será el último dia en que nos veamos.

—Espero en Dios.

El alcalde se entró á la cárcel, y Fray Anjelo se retiró á descansar.

Por primera providencia, el alguacil herido fué enviado

á su casa para curarse, se mandó enterrar al Camaleon, y el Señorito y el Pinacate quedaron en la cárcel mientras se proveía algo y daban sus declaraciones.

Los curiosos que habian acompañado hasta allí á la ronda y á los heridos, mirando que no podian pasar adelante, ni averiguar mas, se disolvieron, haciendo absurdos comentarios, pero sin decir una palabra de verdad.

X.

En que se dá razon de Doña Laura, de Doña Inés y de D. Lope de Montemayor.

ENTRO en la mañana D. Gonzalo de Casaus, á la casa de D. Lope de Montemayor—y sin preguntar al portero, tal era la seguridad que tenia de encontrar al jóven, subió la escalera, penetró en la antesala que encontró abierta y llegó á la sala en que acostumbraba recibirle D. Lope, creyendo hallarle allí.

No se engañó, D. Lope se paseaba con la cabeza inclinada, estaba sumamente pálido y sus ojos rodeados de un círculo azulado, indicaban que habia pasado una mala noche.

—Santos y buenos dias dé Dios á vuesa merced—dijo D. Gonzalo.

—Buenos dias—contestó D. Lope deteniéndose y mirando al recién llegado.

—Perdonará vuesa merced si tan temprano llegó á su casa, pero ha sido muy grande mi inquietud pensando en el éxito que habria tenido vuesa merced en su expedicion.

—Completo pero bien triste—dijo D. Lope suspirando.

—¿Triste, por qué?—preguntó con interés D. Gonzalo.

—Escuche vuesa merced—dijo D. Lope.

D. Gonzalo puso toda su atencion, y oyó en la estancia que estaba cerca de la sala una cancion triste y monótona, que terminó con una risa convulsiva.

—¿Y qué es eso?—preguntó estremeciéndose—¿quién canta, quién ríe de esa manera que dá miedo?

—Ella.

—¿Ella? ¿y quién es ella?

—La dama que iba yo á buscar.

—¿Es decir...?

—Que está loca.

—¡Loca! ¡loca! ¿pero cómo: explíquese vuesa merced?

—Yo mismo no lo comprendo: merced á la llave que me proporcionó vuesa merced, pude penetrar en la casa de D^a Inés, y allí en una bodega encontré á esa desgraciada.

—¿Presas...?

—Emparedada.

—¡Qué horror!

—Sí, horror, y si por ventura no llego tan á buen tiempo, quizá la infeliz hubiera muerto de hambre.

—Dios inspiró la idea de ir á vuesa merced.

—¡Sí, Dios, Dios!

—Pero esa D^a Inés es un monstruo abominable....

—¿Y qué ha sido de esa víbora?

—Como no habia mas datos que la simple denuncia, el fiscal del Santo Oficio nada pudo pedir contra ella; sin embargo, sus bienes han sido confiscados y puede no salir de las cárceles en mucho tiempo.

—Quisiera alcanzar un favor de vuesa merced.

—Si está en mi mano.

—Creo que sí.

—Desearía comprar la casa en que vivía D^a Inés.

—¿Y qué ganaría con eso vuesa merced? es una casa vieja, ruinoso y triste.

—La conozco, pero tiene para mí recuerdos que deseería conservar.

—Comprendo, comprendo.

—Cree vuesa merced que se podrá conseguir?

—Fácilmente respondo de ello, y téngala ya por suya vuesa merced.

—Lo agradezco en el alma: ¿y cree vuesa merced que tardará mucho tiempo en salir de las cárceles D^a Inés?

—Un año, poco menos.

—Cuando sea puesta en libertad, me avisará vuesa merced?

—También delo por hecho vuesa merced.

—En cuanto al marqués de San Vicente, qué se dice?

—Sigue de alivio; pero está sentenciado ya, y casi es seguro que le ahorcarán.

—¿No habrá remedio?

—Háse ocurrido á España en busca del indulto; pero se supone que su Majestad no lo concederá.

—Pobre marqués! Dios le tenga de su mano!

D. Gonzalo se despidió y D. Lope volvió á quedar solo. Entonces se dirigió á la puerta que cerraba la estancia en que se oía la voz de D^a Laura, y entró.

La dama vestía un traje negro completamente suelto de la cintura, lo que la hacía aparecer mas alta; su palidez era espantosa y sus ojos tenían el brillo siniestro de los ojos de un gato rabioso. Flotaba su hermoso pelo sobre sus hombros, y su boca se contraía con una sonrisa nerviosa.

Al ruido de la puerta por donde entró D. Lope, D^a Laura volvió el rostro y lo miró con estrañeza.

—¿Sigue mejor?—preguntó el jóven á una de las dos esclavas que estaban allí acompañando á la dama.

—Lo mismo, mi señor—contestó la esclava—ya ve su merced que no hemos conseguido que se deje peinar.

—No hay que impacientarla; por bien, con dulzura.... pobre señora!

D. Lope miró apasionadamente á la dama y dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

D^a Laura le miró con atencion, vió que lloraba y se acercó á él poniéndole cariñosamente un brazo sobre su hombro, y le dijo con una voz muy dulce:

—¿Por qué lloras? ¿lloras por mí? porque ya he muerto? pero si yo no te conozco, no te conozco.... ¿quién eres? tú no eres D. José de Mallades..... tú..... ah! el espíritu que viene por mí.... ya no quiero caminar.... estoy muy cansada, muy cansada.... si vieras lo que he caminado....

Peregrinando tierras,

Surcando mares negros,

Vientos examinando

De estraños climas rejistrando el fuego.

Del uno al otro polo

Camino.... camino, camino, sí, porque á tí te lo voy á confesar en secreto..... porque no me escuchen esas.... yo soy el alma de D. Fernando de Valenzuela... ¿lo crees?

Y D^a Laura lanzó una carcajada y rechazó bruscamente de su lado á D. Lope.

El jóven se enjugó las lágrimas, y sin decir una sola palabra salió tristemente de la estancia.

Solo Dios podia volver la razon á la pobre mujer que la habia perdido á fuerza de sufrimientos.

Y sin embargo, D. Lope esperaba aquel milagro, y no pensaba mas que en castigar el crimen de D^a Inés, á quien creía culpable de todo.

XI.

En donde vuelven á encontrarse Luis y la Apipiza, y tienen relaciones con Fray Anjelo.

A Apipiza no entraba en el número de las personas denunciadas al Santo Oficio como judaisantes; y no tardó mucho en salir de la prision lo mismo que los demas criados de D^a Inés

El dia en que la Apipiza consiguió su libertad, la primera idea fué averiguar qué habia sido del Señorito, á quien consideraba como su único protector, y con tal objeto se encaminó á la casa de éste.

El Señorito estaba ya preso; pero esto, como era natural, no se sabia en toda la ciudad; porque el estado en que la ronda le habia encontrado no le dejó decir ni su nombre.

D. Guillen de Pereyra habitaba una casa, en la que no se echaba de menos ninguna de las comodidades que tenían los hombres adinerados de aquellos tiempos, y la ausencia por algunos dias del amo de la casa, aun no habia introducido variedad notable en ella.

La Apipiza llegó al portal de la casa y se informó con